

## Recomposición de la literatura comparada: de su arqueología a su actualidad

por Jean Bessière (Université Sorbonne Nouvelle, Paris 3)<sup>1</sup>

(Traducción: Valentín Díaz)

Podemos atenernos a una definición simple de la Literatura comparada: el estudio de toda cuestión ligada a la literatura, en un contexto interlingüístico, intercultural o internacional. Comprenderemos, al final de este trabajo, que una definición semejante no sólo es práctica sino también muy pertinente.

Creo, entonces, que es vano retomar los viejos debates sobre la noción de comparación, como es vano recordar la vieja oposición entre historia literaria comparada y teoría literaria en los estudios de Literatura comparada, como también es vano seguir insistiendo sobre la oposición entre literatura comparada y estudios culturales, o bien sobre la obligación de pensar la literatura comparada según los estudios culturales.

Prefiero interrogar y situar la disciplina a partir de su historia y de su arqueología, a partir de aquello que pueden ser las urgencias de los estudios literarios en el mundo contemporáneo, a partir de las reformulaciones posibles de la disciplina de acuerdo a los resultados inherentes a la “world literature” – literatura universal, para traducir con precisión la fórmula de Goethe: “Weltliterature”. Esos tres tipos de interrogación están ligados. Los dos últimos –según la urgencia, según la “literatura universal”– no son posibles sino mediante un revisión del primero.

Retomar esas interrogaciones supone reformular los equívocos de la denominación misma de la disciplina, Literatura comparada, y redefinir aquello que determinó su lógica constitutiva, para precisar sus deberes estrictamente

---

<sup>1</sup> Doctor de Estado por la Sorbonne (1976). Profesor de Literatura General y Comparada en la Université Sorbonne Nouvelle (Paris 3) y Director Honorario de la Asociación Internacional de Literatura Comparada. Entre sus últimos libros figuran: *Principes de la théorie littéraire* (2005), *Qu'est-il arrivé aux écrivains français ? D'Alain Robbe-Grillet à Jonathan Littell* (2006), *Le Roman contemporain ou la problématique du monde* (2010), *Questionner le roman. Quelques voies au-delà des théories des romans* (2012).

contemporáneos. Redefinir esa lógica implica, paradójicamente, abandonar la crítica de la noción de comparación y detenerse en la concepción de la literatura que supuso y que aún supone la Literatura comparada, sean cuales fueren sus prácticas en Occidente.<sup>2</sup>

### **I. Reconsiderar la arqueología de la disciplina: para reformar su tradición occidental**

Por eso es vano detenerse en las debilidades epistemológicas y metodológicas que conlleva o que implica el término “comparación”. Desde ese punto de vista, es inútil rehacer la historia de la disciplina en Occidente. Es mejor atenerse a la comprobación de que la Literatura comparada, en Occidente, sigue estando bajo el dominio de su propia arqueología, enteramente definida por un pensamiento holista de la literatura. La Literatura comparada, si aspira a ser post-europea y post-occidental, debe comprenderse como una revisión de esa arqueología.

La Literatura comparada se constituye en el siglo XIX, se desarrolla en el siglo XX según una ideología, muy precisa, de la literatura. Definimos esa ideología en términos simples: la literatura es un absoluto, es capaz de saturar simbólicamente todo lugar y todo tiempo. Redefinimos esa ideología con respecto a la Literatura comparada misma: de acuerdo con esa ideología, la disciplina tiene una doble visión de la literatura –una visión holista y una visión diversificada.<sup>3</sup> Cuando se dice que la comparación en Literatura comparada implica siempre un *tertium quid*, conviene, además, advertir que ese *tertium quid* es la literatura misma, considerada según esa perspectiva holista; es porque existe una perspectiva semejante que la literatura puede ser vista como completamente diversificada. Eso no era considerado una contradicción, volvía

---

<sup>2</sup> Es por ello que, en su forma usual, las acusaciones inevitables de eurocentrismo, los ligeros zarpazos, igualmente inevitables, a la tradición francesa de la disciplina –habría que llegar a decir que ya no es una tradición, sino un estado antiguo, histórico, de la disciplina, incluso en Francia–, parecen casi de otra era. Se retoma aquí, con modificaciones, nuestro artículo “Actualité de la littérature comparée”, *Canadian Review of Comparative Literature*, Dic. 2008, 35.4, pp. 332-347.

<sup>3</sup> Eso se traduce particularmente en el título de la obra, relativo a la Literatura comparada, de Claudio Gillén, *Entre lo uno y lo diverso* (1985).

a la disciplina capaz de decir lo singular y lo universal a través de los casos concretos, la autorizaba a relativizar todas las literaturas nacionales y a construir las correspondencias entre esas literaturas de acuerdo a ese relativismo. Por lo tanto, el eurocentrismo, frecuentemente adjudicado y reprochado a la Literatura comparada, no es, en sí mismo, una práctica de exclusión de literaturas; no puede serlo puesto que el pensamiento holista de la literatura es, por definición, inclusivo de toda literatura.

La pregunta planteada por esta arqueología de la disciplina no es entonces la del rechazo de lo extranjero no europeo o no occidental, sino la del derecho que autoriza una tal perspectiva holista, un tal juego de inclusión. ¿En qué sentido este pensamiento occidental de la literatura es generalizable? ¿En qué sentido este pensamiento permite dar cuenta de toda historia de la literatura y de la historicidad misma? ¿En qué sentido este pensamiento holista de la literatura es, por derecho, aplicable y legible en todas las literaturas europeas y en todas las literaturas no europeas?

En los estudios literarios, se trate de estudios literarios nacionales o de estudios literarios comparados, la primera apuesta se define menos en la elección de dar o no dar prioridad a la referencia a la literatura (lo que reenvía al debate sobre estudios literarios y estudios culturales), que en la decisión de abandonar o no abandonar esa perspectiva holista. No puede haber identificaciones de la literatura en general más que efectuando la comprobación de la discontinuidad de las literaturas, incluso cuando se trata de literaturas que se declaran explícitamente emparentadas. No hay un único proceso literario, sino procesos literarios –se vuelve así al problema de la diversidad de la literatura. En ese ejercicio de caracterización de las literaturas y de identificación de sus repartos [*partages*] culturales, se vuelven útiles, para emprender las vías que sugerimos, las literaturas, los momentos de literaturas, que han expuesto sus propios límites. Esto implicaría la revisión de la noción misma de literatura, revisión útil para hacer de la denominación de la disciplina una denominación pertinente. Conviene identificar y construir, en el ejercicio crítico, diversos tipos de literaturas, los tipos de identificación de la literatura, que autoricen esas construcciones. El *focus* literario es aquí indisociable del *focus* cultural.

La perspectiva holista es la condición de la historia literaria, tal como ésta se constituyó a través de la filología, como lo es de la literatura comparada, como lo es de la teoría literaria, tal como ésta se impuso en el siglo XX. Si estas observaciones se consideran pertinentes, los debates que tuvieron lugar en Chapel Hill, en el primer congreso de la Asociación internacional de Literatura comparada, y que opusieron el punto de vista historiográfico en Literatura comparada, ilustrado por los franceses, y el punto de vista teórico, ilustrado por los estadounidenses y particularmente por René Wellek, traducen, en definitiva, menos la constatación de una división de la disciplina que la de dos métodos de trabajo: cada uno supone el mismo pensamiento holista de la literatura. Sería fácil continuar con estas observaciones advirtiendo que las renovaciones críticas de los años 1960-1980 –del estructuralismo al post-estructuralismo, del “New Criticism” a la deconstrucción– no alteraron esencialmente este pensamiento de la literatura, a la cual se le atribuyó, según hemos escrito, un “estado de excepción”,<sup>4</sup> igualmente legible en la creación literaria misma.

Para salir de ese pensamiento holista, convendría que la crítica literaria, en sus diversas expresiones –aquí no está en juego únicamente la Literatura comparada– tome en consideración la relatividad de los mundos de la literatura y de las caracterizaciones de los objetos literarios. Eso supone algo de nominalismo y una práctica de la historia de las literaturas según ese nominalismo. No habría allí nada de escandaloso ni de sorprendente: en efecto, la paradoja de un pensamiento holista de la literatura es llegar a la constatación de los mundos literarios y de su diversidad -ante la abstracción de un pensamiento holista, se erige, inevitablemente, lo concreto de lo diverso. Si existe un tal concreto, existen, inevitablemente también, los límites simbólicos y culturales que las literaturas producen entre ellas y que autorizan tanto la constatación de sus diferencias como la comparación de las intenciones

---

<sup>4</sup> En nuestra obra, *Quel statut pour la littérature ?* (BESSIÈRE, 2001), definimos el estado de excepción de la literatura –la noción nos parece válida desde el romanticismo– como ese estado en el que la literatura, a través de las obras, las figuras de escritores, las justificaciones de la mimesis, etc., es presentada como aquello que, por derecho, asigna el derecho de ser nombrado, identificado, reconocido –a propósito de cualquier objeto, cualquier persona, etc., y eso en el seno mismo de la ficción y sea cual fuere el tipo de estética implicada.

literarias –si es que la intención literaria existe— y de los tipos de autonomía atribuidos a aquello que es considerado como (y a aquello que identifica con) “literario”.

Conviene entonces concentrarse en la variabilidad de las condiciones de identificación y de reconocimiento de la literatura y no solamente en la de las formas y los géneros. Eso supone hacer la historia de la internacionalización del pensamiento europeo de la literatura y de su carácter holista. Y eso constituye por sí mismo un tipo de historia comparada. Además, por una paradoja evidente, las dominantes de la crítica europea de los años 1960-1980 –una crítica que se pretende tanto objetiva como deconstructiva– contribuyeron ampliamente a esta internacionalización mediante las redes universitarias. Eso supone aún, en un juego de simetría, hacer la historia, en el seno de las literaturas y de la crítica europea, de las importaciones literarias y críticas que contribuyeron a limitar o a invalidar ese pensamiento holista, así como de los efectos restrictivos sobre ese pensamiento que tienen hoy las literaturas llamadas migrantes.

Convendría aún señalar varias paradojas de este pensamiento holista y derivar sus consecuencias. *Primera observación:* que la larga tradición crítica, producto del siglo XIX, haya acarreado que se otorgue a la literatura un “estado de excepción” hace aparecer a la literatura misma como una manera de extranjería social y cultural. Al pensamiento holista de la literatura corresponde una institución social de la literatura, en el sentido en el que Searle (1995) comprende esta institución. Lo propio de toda institución social –la moneda, el Estado, etc.– es aparecer, en una sociedad, como alejada de los miembros de esa sociedad. Ahí aparece una paradoja. El tema de la alienación del escritor, constante en las literaturas y la crítica occidentales desde el siglo XIX y que se interpreta por lo general en términos de crítica social y cultural, puede sin embargo interpretarse como una consecuencia de la alianza entre ese pensamiento holista y la institución social de la literatura a la que induce específicamente. Aquí serían útiles historias minuciosas de la lectura pública para precisar ese juego de alejamiento de la literatura, inherente a su institución social. *Segunda observación:* hay finalmente un modo simple y manifiesto de limitar el pensamiento holista de la literatura: indicar que el

señalamiento occidental contemporáneo de la muerte de la literatura es indisociable de ese pensamiento. Hay una indisociabilidad semejante porque ese pensamiento, incluso de toda literatura, no puede concebir una literatura “otra”, su otro; no puede concebirlo porque es, a priori, inclusiva de toda literatura hecha y por hacer. Eso supone que se considere que la literatura, las literaturas alcanzaron los límites de su propio médium y de sus propias poéticas, al menos aquellas que son identificables en esa tradición del pensamiento holista. Eso supone una dificultad para continuar con los estudios literarios, particularmente los comparados. La manera más práctica de romper con ese impasse teórico e ideológico consiste en la recuperación y el uso, extendidos a contextos internacionales, interculturales, de estrictas perspectivas historicistas, las del “New Historicism”, las de ciertos historiadores de la edición y de la lectura: esas perspectivas permitirían indicar que la continuidad y la generalidad de la literatura, tal como las comprendemos, son construcciones, y suponen la discontinuidad de los instrumentos –edición-, de los receptores –lectura- y de las poéticas –literaturidad. Esas discontinuidades reclaman sus propias construcciones críticas.

## **II. Urgencias y vías de la Literatura comparada –otra manera de invertir la tradición occidental de la Literatura comparada**

Por una paradoja notable, abandonar la perspectiva holista de la literatura y sus fantasmas de totalización, de unidad de lo singular y de lo universal –aquello que designa la noción de escritura de Jacques Derrida-- no es disociable del hecho de que la actualidad produce sus propias formas de totalización, en un sentido propiamente histórico. Esta totalización ha afectado a vastos dominios de las actividades humanas –es eso lo que debe entenderse por globalización. La literatura y la crítica literaria –particularmente la Literatura comparada-- deben dejar de pensarse como totalizantes, para optar por examinar totalizaciones contemporáneas, económicas, sociales, y sus relaciones con las literaturas. Éstas son, así, hechos, ellos mismos indisociables de la diferencia de las culturas y de la diferencia de las historias. Hay que hablar, entonces, de los contextos literarios, por una parte según la

globalización y la unipolaridad, y por otra, según la circulación diversa de la información, según la desigualdad.

A la dualidad de lo uno y lo diverso, que la literatura albergaría en sí misma según la tradición, europea, norteamericana, de la Literatura comparada –la “world literature”, tal como es comprendida en Estados Unidos, confirma este punto--, conviene oponer la dualidad de lo uno –identificable con la globalización- y lo múltiple –identificable con la heterogeneidad que no borra o que produce la globalización. La dualidad –lo uno que comprende y designa todo lo múltiple--, concebida como constitutiva de la literatura, era un modo de responder a la disparidad de lo real y de las culturas, particularmente en Europa, y de preservar, en esa disparidad, la hipótesis de un progreso del espíritu. Hoy la situación es inversa. Conviene hablar de la literatura en y frente a un mundo que aparece en sí mismo como una totalidad y que no excluye, sin embargo, la heterogeneidad.

Que el mundo contemporáneo esté entonces globalizado, que eso implique esa totalidad y esa heterogeneidad, impide oponer al mundo contemporáneo un mundo solamente planetario, para retomar una noción de Gayatri Chakravorty Spivak (2003), porque ese mundo solamente planetario es aún una designación, por cierto invertida, occidental universal.<sup>5</sup> Si se desea jugar con la filosofía, creemos que más vale evitar jugar, en Literatura comparada, con un post-hedeggerianismo. Por el contrario, vale la pena señalar dos cosas, a la manera de Peter Sloterdijk (1999). Por un lado, el mundo alcanzó su realización como una esfera; paradójicamente, en esa generalización de la domesticidad, el otro, a juzgar por las apariencias, se volvió ilocalizable; aquello que se denomina multiculturalismo no es sino el retorno de los occidentales sobre sí mismos una vez que saben adquirido el estado de esfera y que recuerdan, sólo entonces, la diferencia. Por otro lado, sólo es pertinente una definición de la universalidad desde un punto de vista

---

<sup>5</sup> Notemos que esta noción de planetario está tomada de Jacques Derrida y de Jean-Luc Nancy, en quienes tiene una significación hedeggeriana –es una manera de decir que el Ser pierde su propia posibilidad de apariencia en nuestras culturas. Eso se comprende según el contraste que supondrían Occidente y las otras culturas del mundo, vistas como culturas del Ser –en el sentido occidental-- porque ellas habrían conservado el sentimiento de lo sideral, del sentido manifestado. Leemos allí la confesión de una desesperanza de Occidente y una idealización del Otro.

ecológico específico –el único punto de vista universal del que puede disponerse en el estado de la esfera. No existen culturas ni sujetos concientes más que según sitios, ambientes –todo otro lo es según un sitio, incluso si todo el mundo es conciente de la esfera de la tierra. La totalidad está dada. Sin embargo es una manera de multiplicidad, no necesariamente por una obligación de confesión del multiculturalismo, sino por una poética política del espacio –totalidad y totalización, contemporáneas, suponen transacciones entre actores antagónicos, entre sus sitios mismos.<sup>6</sup> Es ese juego al que haremos referencia mediante las comprobaciones de la unipolaridad, de la desigualdad, de la multiplicidad de las historias emergentes.

El señalamiento de la unipolaridad proviene a la vez de la comprobación –como tal, es síntoma del señalamiento de la globalización- y de la indicación política –convendría llamarlo un poder global, hoy se lo llama norteamericano.<sup>7</sup> Aceptemos este señalamiento y esta indicación. Aceptemos el deber político y ético que implican: resistir a una unipolaridad semejante. Resta preguntarse cómo puede plantearse esto en términos de crítica literaria y de Literatura comparada. Añadiendo que la constatación de la unipolaridad en su radicalidad sigue siendo, en gran medida, hipotética –nadie conoce el detalle de la historia que vendrá--, conviene indicar que sea cual fuere la forma que adopte la unipolaridad, no puede impedir la pluralidad de las historias.

De este modo, cuando hoy se habla del grupo BRIC (Brasil, India, China), se habla tanto de países que se imponen, en términos económicos, en el mapa mundial, como de países que hacen de su historia una parte entera de la historia mundial –ya no se trata sólo de descolonización o de emergencia; se

---

<sup>6</sup> Para continuar con la nota anterior sobre el espacio de la globalización y con la indicación de la esfera, agreguemos el rizoma –referencia también prevaleciente en ciertos trabajos comparatistas-- para decir que bastante paradójicamente, nos parece que debe ser asimilado a la figuración de un juego de totalización. Debería proponerse una tipología de esos usos críticos.

<sup>7</sup> Indiquemos que volvemos aún al espacio y a la globalización –citamos de memoria una reflexión del presidente Clinton: la política extranjera debe ser tratada como un asunto interior. Donde hay certeza de la pérdida del sentido de lo interior y del sentido de lo exterior, de la domesticidad, y la asimilación del mundo a una vasta domesticidad y la asimilación de la domesticidad a lo vasto de afuera. No podría encontrarse un paralelo más exacto de la literatura de estado de excepción y de las dificultades de la Literatura comparada que, por sus tradiciones, releve la unipolaridad literaria, ideológica y eventualmente nacional, como ya hemos indicado.

trata de otra historia, historias diferentes de la historia euro y luego norteamericano-céntricas. Esto constituye el límite más claro puesto a la globalización, desde puntos de vista tanto políticos, ideológicos como culturales –vista desde Occidente o interpretada en términos occidentales. Esto traduce las transacciones entre actores antagónicos y tiene una consecuencia para los estudios literarios: conviene tratar las literaturas de esos actores antagónicos no solamente según su propia importancia, sino también según el interés de preguntarse por las maneras en las cuales limitan e interrogan a las literaturas occidentales. Esto se puede formular en otros términos: conviene tratar esas literaturas y las literaturas occidentales como interdependientes por el hecho mismo de la globalización, de la pluralidad de las historias. Interdependencia quiere decir que más allá incluso del detalle de los intercambios asimétricos entre esas literaturas y las literaturas occidentales, estas últimas no pueden ser pensadas como independientes de esas literaturas, en la perspectiva de los estudios sistémicos –los únicos estudios que pueden reconfigurar la pluralidad de las literaturas siguiendo la pluralidad y la competencia de las historias, en el seno mismo de la globalización.

El mismo tipo de observación vale, de hecho, también para las literaturas escritas en las lenguas de las antiguas potencias coloniales. Esas literaturas son hoy las literaturas de países independientes. Desde luego, es posible seguir considerando esas literaturas en una relación de dependencia con respecto a las antiguas potencias coloniales –más allá de que ese tipo de estudio no tenga necesariamente, hoy, para las situaciones contemporáneas de esos países, una pertinencia plena. Es posible también, en un movimiento contrario –que debe sin embargo leerse como pariente del que acaba de citarse-- equiparar esas literaturas con un vasto juego de contra-poder –se sabe que es el camino de *The Empire writes back* (ASHCROFT, 1989). Es necesario hacer una constatación simple: atenerse a los temas de la dominación, el poder, el contra-poder, el neo-colonialismo, vuelve esencialmente, sin que esas realidades sean puestas en duda, a colocar a esas literaturas en el seno del paradigma cultural que fue dominante y determinante en las literaturas europeas –conflictos, guerras, religiones. Conviene entonces subrayar que las literaturas contemporáneas del tercer

mundo no pueden ser consideradas, según sus propias condiciones y sus propios términos, como las únicas reanudación y continuación de ese paradigma cultural europeo, dominante en la misma Europa –sea lo que sea lo incontestable del poder, del neocolonialismo. Fuera de ese encerramiento en un modo de repetición y en la inevitable comprobación de la resistencia, esas literaturas son las literaturas de otra historia. Esta dualidad –repetición del paradigma cultural europeo en el tema mismo de la resistencia, historia-- vuelve a esas literaturas particularmente aptas, si se las considera a la vez en sus expresiones locales y en sus extensiones internacionales, para ser literaturas del intercambio, de la homogeneización culturales y de la heterogeneización cultural.

Sea cual fuere la situación que se reconozca en esas literaturas de los países antiguamente colonizados, esta situación permite precisar la relación de las literaturas con la globalización. La globalización puede leerse sin dudas como un incremento de la interpenetración de las culturas y de las expresiones literarias que le son inherentes, sean cuales fueren las desigualdades que acarree la globalización. Esta dualidad puede formularse de otro modo: el juego de limitación de las literaturas occidentales, que acabamos de señalar a partir de la pluralidad de las historias, puede también ser leído en esta dualidad. Además, esos intercambios culturales no disuelven la especificidad de los escritores y de las obras de esas literaturas. Salman Rushdie sigue siendo un escritor indio en Londres, como Edouard Glissant sigue siendo un escritor antillano en París. La única evidencia que allí aparece no es la de una identidad imborrable, sino esta otra: el intercambio cultural, indisociable de la globalización, no es sino la exposición de la heterogeneidad cultural, siempre localizada –según tal escritor, según tal obra, según el lugar de ese escritor y esa obra, según el sitio que forman. Hay menos un juego de multiculturalismo – el término debería permitir oír una *composición* exacta de las culturas- que una indigenización según grupos, sitios, individuos. Es a causa de esta indigenización que continúa identificándose exactamente a esos escritores y esas obras migrantes según una identidad originaria. Eso puede formularse de otro modo: la obra que mejor circula o que mejor da forma a la circulación es aquella que expone explícitamente esa paradoja y esta dualidad de la

homogeneización y la heterogeneización. Puede decirse, en el seno de la unipolaridad, lo contrario. Eso define otra historia literaria para la Literatura comparada y la obliga a emprender de cero historias comparadas de las literaturas europeas.

### III. Conclusión

Un ejercicio semejante de la Literatura comparada tiene una doble condición: ser una estricta empresa de reflexividad crítica. En primer lugar, debe despejar los datos literarios, las preguntas, que son inherentes a las urgencias, y dejar de reconocer en todas partes una especie de poder unificador de la literatura. Luego, la Literatura comparada puede ser el analista de las diversas interrogaciones que albergan los estudios literarios, entendidos de un modo amplio: puede reducir esas interrogaciones a sus implicaciones últimas, inevitablemente comunes y diversificadas, según las dualidades y las paradojas que acaban de plantearse. Esta reducción, que debe comprenderse como aquello que recusa todo juego de totalización, no excluye ni la historia literaria o cultural, ni una nueva aproximación a los formalismos y a las poéticas literarias. En términos de historias literarias, indisociables de historias culturales, deberían concebirse las series literarias, las unidades que definen, como aquello que responde en su continuidad a encadenamientos de problemas –esos encadenamientos de problemas están correlacionados según un juego de pregunta-respuesta: la respuesta designa más la pregunta de lo que la responde y queda como pregunta recontextualizable y apta para designar una nueva actualidad. Hans Blumenberg ofrece con su *Die Legitimität der Neuzeit* (1966) un ejemplo de ese procedimiento, aplicado a la historia de las ideas. Tratándose de las formas, de los géneros y de las poéticas, de las aproximaciones sistémicas, sujetas a la misma atención al juego pregunta-respuesta, pueden unir preocupación formal, preocupación histórica y preocupación por la diversidad, en la medida en que hay formas literarias muertas, formas literarias cultural y geográficamente limitadas, formas y géneros que presentan una gran generalidad –esta generalidad no debe sin embargo ser el medio o la justificación esencial de la definición y de la

caracterización del género, sino invitar a reconocer su historicidad, legible ciertamente por el juego pregunta-respuesta. Por supuesto, las líneas del juego pregunta-respuesta pueden estar extremadamente diversificadas: permiten considerar los límites de las literaturas; no identifican las transferencias de literatura a literatura con juegos de “colonización” o de apropiación. Queda así excluido que las literaturas sean leídas según una unidad ilusoria que sería la recopilación de la historicidad. Cuando Zhang Longxi (2006) milita, a partir de ejemplos literarios asiáticos, por una Literatura comparada del afuera, está diciendo lo mismo porque no excluye sin embargo que esa Literatura comparada del afuera sea todavía una correlación de las literaturas. Se habrá comprendido, además, que allí describimos nuevos campos de estudio de la teoría literaria, que debe ser más precisamente un ejercicio de definición de los métodos que permitan situar exactamente a las literaturas.

## Bibliografía

- ASHCROFT, BILL, GARETH GRIFFITHS y HELEN TIFFIN. *The Empire writes back: Theory and Practice in Post-colonial Literatures*. London/New York, Routledge, 1989.
- BESSIERE, JEAN. *Quel statut pour la littérature?* Paris, PUF, 2001.
- . Retiring President's Address, *ICLA Bulletin*, XXI, 1, 2002. 4-17.
- . “Comparative Literature and Common Knowledge: Against the Absolute Power of Literature”, *Special Issue: “Jean Bessière : Literature and Comparative Literature revisited”*, *Canadian Review of Comparative Literature*, XXXII.1, Marzo 2005. 37-64.
- BLUMENBERG, HANS. *Die Legitimität der Neuzeit*. Frankfurt am Main, Suhrkamp Verlag, 1966. [Hay trad. esp.: *La legitimación de la edad moderna*, Valencia, Pre-textos, 2008. Traducción de Pedro Madrigal.]
- CHAKRAVORTY SPIVAK, GAYATRI. *Death of a Discipline*. New York, Columbia University Press, 2003. [Hay trad. esp.: *Muerte de una disciplina*. Santiago de Chile: Palinodia, 2009. Traducción de Pablo Albufom Silva.]

- GUILLÉN, CLAUDIO. *Entre lo uno y lo diverso: introducción a la literatura comparada*. Barcelona, Crítica, 1985.
- LONXI, ZHANG. "Penser d'un dehors: *Notes on the 2004 ACLA Report*", *Comparative Literature in an Age of Globalization*. Haun Saussy, ed. Baltimore, The Johns Hopkins University Press, 2006. 230-236.
- SEARLE, JOHN R. *The Construction of Social Reality*. New York, The Free Press, 1995. [Hay trad. esp.: *La construcción de la realidad social*. Barcelona: Paidós, 1997. Traducción y prólogo: Antoni Domènech.]
- SLOTERDIJK, PETER. *Globen: Sphären 2*. Frankfurt am Main, Suhrkamp, 1999. [Hay trad. esp.: *Esferas II*. Madrid: Siruela, 2011. Traducción de Isidoro Reguer